

La victoria de Bachelet en Chile: Sin noticias... ¿Buenas noticias?

Ramón Mahía – Febrero 2006

La clara victoria de Michelle Bachelet en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales chilenas ha despertado muy poco interés político. Descontada su victoria desde hace tiempo y catalogadas sus propuestas como la opción de continuidad necesaria, la mayor parte de las editoriales del mundo subrayaron su condición de primera mujer latinoamericana presidente¹, madre soltera, agnóstica y separada; “todos los pecados en uno“, como ella misma bromeó al abandonar el ministerio de salud para asumir el ministerio de defensa en el pasado gobierno de Lagos. Ningún comentarista olvido tampoco su profesión de médico ni su pasado como opositora activa, prisionera, como su padre, y exilada del régimen del general Pinochet; las referencias a los eventuales cambios de orientación política respecto al gobierno anterior de Lagos han sido nulas o, en todo caso, excesivamente imaginativas.

La noticia es, por tanto, que no hay noticia; la administración de Bachelet seguirá reuniendo en su etiqueta todo lo que se espera del país, al menos en la esfera socio – político - económica, una decidida apuesta por un modelo de economía de mercado debidamente aderezado con un diseño programático de atención al progreso social; o utilizando la precisa brevedad del inglés “market friendly - center left coalition”. La elección de Bachelet supone para muchos, por tanto, una discontinuidad irrelevante² en el exitoso tránsito de la economía y sociedad chilena, un ajuste de gabinete, una renovación estética de la Concertación, la coalición que ha sabido gestionar de forma inteligente la frase del Gatopardo “cambiar para que todo siga igual”. Sencillamente, Lagos no podía ser reelegido y el concepto, electoralmente recurrente en cualquier país del mundo, de “el cambio” no tenía sentido; sin posibilidad de plantear un programa con el atractivo electoral de la renovación, en ausencia de cambios que ofrecer, Bachelet suponía una opción experimentada, conocida por sus

¹ En realidad, otras mujeres asumieron antes la presidencia de un país latinoamericano, como Violeta Chamorro en Nicaragua desde 1990 a 1997 o Mireya Moscoso en Panamá desde 1999 al 2004.

² Baste citar como anécdota el apodo que recibe Lagos, el presidente saliente, “2010”, como referencia al año en que podrá presentarse de nuevo para la reelección.

tareas ministeriales, poco controvertida, apenas desgastada y con amplias posibilidades de proyección mediática.

La coalición de centro izquierda lleva gobernando 16 años en Chile y la alternativa en la Alianza, representada en este caso por el mensaje renovado de Sebastián Piñera, no pudo vender electoralmente otra cosa más que la continuidad; pero la derecha no presentaba más credenciales en el terreno económico que el estancamiento crónico durante el gobierno Pinochet o las severas crisis de 1975 y 1982, por poner sólo dos ejemplos representativos. Por otro lado, la imagen del personaje multimillonario y poderoso pocas veces ha resultado electoralmente rentable (quizá el caso de Berlusconi sea la principal excepción).

La continuidad de la Concertación es, por tanto, una buena noticia, y realmente no habría razones objetivas para negarlo. Nosotros mismos hemos alabado reiteradamente y sin reservas en nuestros informes de Tendencias Latinoamericanas (www.cesla.com), la brillante trayectoria de la economía chilena, y hemos apuntado que la estabilidad política y social es uno de sus principales soportes. La economía acumula varios años de mejora sostenida, y las perspectivas para 2006 señalan que el avance del PIB no quedará lejos del 6%. Lo mejor no es sin embargo la magnitud del ritmo de crecimiento económico, sino la evidente estabilidad de las variables clave que lo condicionan; precios contenidos, balance fiscal superavitario, deuda en retroceso, inversión exterior en franca recuperación, saldo comercial holgadamente positivo, niveles de inversión cercanos al 30% del PIB y desempleo en disminución lenta pero sostenida. La imagen exterior de Chile es excelente, lo que le ha permitido situarse entre las opciones emergentes preferidas por los inversores internacionales y cerrar acuerdos comerciales con un gran número de países, entre ellos importantes potencias como la Unión Europea, China, EEUU. Es evidente que la economía de Chile, por su condición exportador de algunas materias primas ligadas al crecimiento económico mundial, sigue dependiendo en gran medida del contexto económico internacional, pero hoy en día puede decirse que el país se encuentra en condiciones de resistir una revisión brusca de sus términos de intercambio e incluso un contexto internacional desfavorable.

Visto hasta aquí, todo parecería dibujar un escenario “ideal” en el que el continuismo sólo puede interpretarse como una buena noticia. Sin embargo, conviene

observar también las importantes carencias de las que el país adolece y de las que cabe exigir cuentas al gobierno de la Concertación. Tres lustros deberían ser tiempo suficiente para corregir en mayor medida desequilibrios estructurales, no sólo para la exhibición de una brillante coyuntura. Sin duda es innegable que en el terreno de las reformas estructurales el gobierno de centro izquierda ha promovido el desarrollo de programas y políticas sociales, ha combatido eficazmente la pobreza y ha puesto en marcha reformas laborales y fiscales de corte moderno y ortodoxo, pero no es menos cierto que muchas de estas medidas de corte social no han logrado corregir el principal de los defectos de la estructura económico social del país: la desigualdad.

Aunque pueda parecer paradójico, el país “líder” de América Latina desde el punto de vista de la ortodoxia económica, presenta el mayor índice de desigualdad de renta de todo el continente (junto quizá, con Argentina) y uno de los mayores del mundo. Según la información del Banco Mundial referida a principios de la década y los resultados mostrados por el PNUD (2003), el porcentaje de la renta que está en manos del 10% de mayor nivel económico ronda el 47%, cifra comparativamente muy elevada frente al 39% de Brasil, el 43% de México o el 37% de Perú. Acudiendo a fuentes más actualizadas, Finn R. Samsing A.³, haciéndose eco de los datos publicados por el diario chileno Mercurio, publicó un interesante artículo a principios de 2005 presentando los resultados del denominado Índice de Distribución del Ingreso en Chile. Según esta fuente, “el 20% de la población más pobre sólo capta el 3.9% de la renta mientras que el 20% de la población de ingresos más altos acapara el 59,5% del ingreso nacional. Esto significa que el segmento más rico tiene un ingreso que es 14.5 veces más alto que el segmento más pobre. A efectos comparativos, debe observarse que esa misma ratio es en Estados Unidos de 8.5, 5.4 en España y 3.4 en Japón (es decir que el grupo más rico de la población japonesa percibe un ingreso que es 3,4 veces al compararlo con el segmento más pobre)”.

La persistente desigualdad no es, por descontado, un problema menor. Quizá no sea justo considerarlo como un “efecto colateral” inevitable del modelo liberal de crecimiento elegido, pero tampoco puede creerse irreflexivamente que se trata de un problema de segundo orden, incapaz de afectar al logro de los objetivos concretos de política económica a largo plazo.

³ Blog - REALIDADES. <http://www.realidades.cl/blog/2005/01/correccion-del-indice-de-distribucion.html>

La desigualdad de la renta, sobre todo si esta parece persistente, condiciona decisivamente las ventajas del crecimiento económico a medio y largo plazo. Por un lado, a mayor desigualdad, resulta aritméticamente inevitable que los logros en materia de reducción de la pobreza sean escasos para un cualquier nivel de crecimiento del PIB; a este respecto, debe recordarse que Chile todavía exhibe un lamentable 10% de población que vive bajo el umbral de la pobreza⁴. Por otro lado, la desigual distribución de la renta supone, de facto, la imposibilidad de un elevado porcentaje de la población de “subirse al carro” del crecimiento: la escasa disponibilidad de recursos para el endeudamiento de un amplio porcentaje de la población inhibe su iniciativa emprendedora, impide la inversión en una trayectoria formativa más amplia y de calidad, fomenta el desencanto y alienta la desobediencia fiscal.

Estamos, por tanto, ante la principal de las promesas electorales olvidadas de la Concertación y el principal de los retos de futuro a abordar decididamente por el nuevo gobierno. Lagos ya prometió, en su primera campaña como candidato: “Mejoraremos la distribución del ingreso fortaleciendo las oportunidades de los que han quedado rezagados”; parece que la promesa sigue siendo aún un asunto pendiente.

Los medios para enfrentar el problema con garantías de éxito no son sencillos y, además, existe una cierta ausencia de motivación electoral ya que, sea cual sea la estrategia a seguir, se trata de una cuestión que debe enfocarse en el largo plazo, es decir, que excede el ritmo marcado por el calendario cuatrienal que define toda legislatura. Varias cuestiones aparecen de forma recurrente en Chile en materia de reforma estructural: reforma fiscal, reforma laboral, ...pero, sin duda, la principal de las cuestiones clave que generalmente se conectan con el origen de la desigualdad es la falta de calidad del modelo educativo.

Desde una perspectiva microeconómica, la desigualdad en los ingresos (al menos de los ingresos del trabajo) tiene su origen en la desigual distribución del capital humano⁵. En este contexto, y a modo de ejemplo, algunos indicadores sugieren que la

⁴ Considerado este umbral como 2\$ diarios.

⁵ Se sugiere, para profundizar en el tema, el trabajo del propio ministerio de Hacienda del Gobierno de Chile a este respecto “Desigualdad en Chile”. Publicado en www.minhda.cl

educación pública chilena parece sumida en niveles muy bajos; (1) la prueba Simce⁶, un test de nivel que se aplica a los segundos años de enseñanza media, ratificó en los últimos años que existe una brecha abismal que separa la educación privada de la pública⁷ y los resultados obtenidos por los alumnos de nivel socioeconómico bajo frente a los de renta elevada (2) sólo cinco colegios públicos se encuestaban en 2004 entre los 200 con mejores puntuaciones en la prueba de admisión universitaria (PSU).

A pesar, por tanto, de los esfuerzos ya invertidos en esta materia, Bachelet enfrenta nuevamente el desafío de reestructurar el modelo educativo para que deje de ser el germen de la desigualdad y el primer estadio en el que ésta se manifiesta. Sigue resultando urgente, por tanto, una concentrada atención en la mejora del sistema de educación chileno ya que parece imposible eliminar la pobreza y corregir la desigualdad sin un aumento notable en la calidad de la educación, y será difícil superar el subdesarrollo con notables carencias de capital humano.

Más allá de la ortodoxia liberal, una transformación moderna del sistema educativo sería, entonces sí, un ejemplo a seguir por parte de todos los países latinoamericanos y una verdadera garantía de sostenibilidad del modelo de crecimiento económico exhibido por Chile.

⁶ Sistema de Medición de la Calidad de la Educación. (www.simce.cl)

⁷ Datos referidos a 2003